

birthday, to you..."

Con rostro simiesco abrazó a su hija. Despachó a sus ayudantes. Gruñó cualquier palabra y partió.

Nunca volví a verla. He sabido que se fugó con un jardinero. No es hasta hoy cuando sospecho que Regina en el fondo era populista. O simplemente deseaba contradecir a su padre, que como Fernando Romeo Lucas García también odiaba hasta la extinción a los trabajadores. Dios, Argensola y Charles Darwin no me dejarán mentir. Sujo hasta la eternidad.

Crítica al sesgo

POR
JOSÉ MIGUEL OVIEDO

HISTORIA DEL PENSAMIENTO E HISTORIA DEL SUBCONSCIENTE

A comienzos de 1978. Juan Marichal, sagaz ensayista español y profesor de la Universidad de Harvard, dictó una serie de conferencias en la Fundación Juan March, de Madrid. El texto de esas conferencias ha sido publicado bajo el título *Cuatro fases de la historia intelectual latinoamericana (1810-1970)* (Madrid: fundación Juan March/ Cátedra, 1978). Sería una lástima si este pequeño volumen no alcanza la difusión que merece, sobre todo entre los lectores de este continente, porque difícilmente puede haber un tema de más interés y trascendencia que el que desarrolla: la forma cómo nuestros intelectuales han ido elaborando, a lo largo de más de siglo y medio, su idea de América y cómo ellas han ido encarnando en



nuestra realidad y definiéndola de una manera tan profunda como inesperada.

América es, en buena parte, consecuencia de lo que han pensado los americanos: más que un continente, una imagen intelectual, una reflexión sobre su pasado y su presente, quizá una promesa para el futuro. Somos lo que ciertas ideas rectoras nos han hecho ser; lo que llamamos *nuestra realidad* es un esfuerzo consciente de la inteligencia por operar en el caos de la historia y sus variadas coyunturas. Lo curioso es que, al menos durante mucho tiempo, lo que los americanos han pensado es un repertorio que los filósofos y políticos europeos habían pensado antes, en contextos a veces diametralmente opuesto. Siempre he creído que uno de los fenómenos más apasionantes en la historia del pensamiento occidental es esta capacidad americana para apropiarse de ideas ajenas, cambiarles el signo y hacerlas funcionar en otros ámbitos, a veces con gran fecundidad y originalidad, a veces con trágicas consecuencias. Esta cuestión se relaciona con otra, también candente: ¿existe un pensamiento que podamos llamar auténticamente americano? ¿Somos sólo el reflejo mental de Europa? Leopoldo Zea y Augusto Salazar Bondy son dos de los filósofos que se la han planteado y sus respuestas son divergentes. De estos y otros cruciales problemas (como el de la relación entre cultura y democracia) se ocupa el libro de Marichal, que nos muestra cómo el pensamiento americano, al extraer ciertas ideas del repertorio intelectual europeo, no se somete a ellas, sino que las reinterpreta libremente, las ilumina desde ángulos inéditos y finalmente las hace tan suyas que le sirven para examinar a la propia Europa desde una perspectiva más lúcida.

Es difícil resumir el contenido de

este breve trabajo, porque una de sus grandes virtudes es precisamente el don de síntesis: en menos de 100 páginas queda trazado un movimiento de ideas y propuestas de extremada complejidad y vastos alcances; otra virtud que se perdería es la del tono, a la vez objetivo y muy personal, que el autor ha sabido dar a su materia. Aunque empobrezco el libro al tratar de dar una idea sucinta de él, destaco, al menos, dos o tres aspectos que me parecen esenciales. El planteamiento general que ocupa las diez primeras páginas es cautivante: Marichal dice que su trabajo es una introducción a nuestra "historia intelectual", no a la "historia de las ideas", porque lo que le interesa no son éstas en su abstracción y validez universal, sino en su articulación con el hombre que las emite y las adapta "en un lugar y un tiempo concretos de la historia humana", matizándolas o intensificándolas al incorporarlas a su aventura personal. Siguiendo las ideas de Unamuno y Ortega, el autor ve el proceso de las ideas como una labor conjunta de *opinantes*, cuya acción individual da relieve a aquéllas; esas ideas revestidas de actitudes, matices e inflexiones, tan sutiles que las ciencias sociales suelen desdenarlas, son las que concentran su atención.

Marichal también observa que los hombres de pensamiento en América han reenfocado las ideas europeas al ponerlas a funcionar dentro de "perspectivas históricas periféricas": algunos filósofos, marginales en el viejo continente, han sido centrales para nosotros, y viceversa; nuestra historia intelectual dialoga así con la de Europa y la enriquece a través de un fenómeno de *refracción ideológica*. Negándose a caer en un pesimismo filosófico, el autor no considera el fracaso que las ideas han sufrido repetidas veces en América como un destino irrevocable: los libros también cambian a los hombres que los leen, sobre todo si (como cree Marichal) los ideólogos latinoamericanos "han sido lectores quijotesco", hombres que han defendido sus ideas hasta los límites del martirio y el heroísmo.

El autor hace un recorrido deteniéndose en ocho de esas grandes figuras americanas: Mariano Moreno y Bolívar, dos hombres de "designio constitucional" influidos por el racionalismo humanista del XVIII; Echeverría y Sarmiento, dos paradigmas del liberalismo romántico y su interpretación rioplatense; Martí y Rodó, las figuras máximas del idealismo democrático del fin de siglo; y finalmente Martínez Estrada y Octavio Paz, como ensayistas contemporá-

neos que representan lo que Marichal llama el pensamiento de "Introspección colectiva", preocupado por los problemas de la soledad y la solidaridad en un mundo desgarrado y deshumanizado. Las páginas sobre los dos primeros son esclarecedoras como pocas; su retrato intelectual de Martí es cálido y preciso. Me habría gustado que su revisión de Sarmiento fuese más completa y no dejase sin enjuiciar sus ideas sobre inmigración, que implica una visión de América (tanto como de Europa y que me parecen tan condenables; igualmente que el capítulo dedicado a los dos últimos ensayistas fuese menos esquemático. Aun así, el libro constituye una lectura fascinante y muy oportuna en esta hora negra de América.

Al acabar la década del 60, Rodolfo Hinostroza, un poeta peruano nacido en Lima en 1941, cobró una especial notoriedad: en 1970 obtuvo el Premio Maldoror, discernido en Barcelona por un jurado internacional, con su libro *Contranatura*, publicado al año siguiente. Ya en 1965 había aparecido, en Lima y La Habana, su primer libro, *Consejero del lobo*, resultado de sus años formativos en la isla. Diré que, pese al revuelo que produjo en su momento el libro premiado, con su virtuosismo verbal, sus tendencias herméticas y su espíritu

cosmopolita a lo Pound, sigo prefiriendo el primero, que es un recuento muy intenso e inteligente de un hecho que debe haber sido su primer encuentro con el drama de la historia: su vida en Cuba durante la crisis de los cohetes, días de esperanza y de terror que el poeta presenta como una épica sin héroes.

El interés por la crítica de la cultura y el poder, tan visibles en *Contranatura*, fue creciendo juntamente con su tendencia ocultista y mágica; el posterior predominio de ésta, que lo llevó a escribir *El sistema astrológico*, ocasionó en la década siguiente su alejamiento de la poesía: aunque algunos textos suyos aparecieron en revistas de aquí y de allá, desde 1971 no volvió a publicar un libro poético. Tampoco es de poesía el último que ha dado a conocer: se titula, bellamente, *Aprendizaje de la limpieza* (Lima: Mosca Azul, 1978) y es un testimonio personal, a medias entre el relato autobiográfico y el diario.

Aprendizaje es uno de los libros más extraños y audaces que haya escrito un poeta hispanoamericano; en las letras peruanas, por cierto, no tiene precedentes y seguramente no tendrá seguidores. Es un salto al vacío, un grito proferido con escepticismo. Narra la experiencia psicoanalítica del autor a lo largo de varios años (1966-67, 1970-75), en Lima y París. Hinostroza resume así esa expe-

riencia y su intento de escribirla: "El total del proceso tuvo una duración de cinco años. Hablé durante unas 300 horas, pagué miles de francos, me separé de mi mujer, dejé de escribir poesía. En marzo del 75, por inadvertencia de mi analista, abandoné su gabinete para no regresar jamás. La teoría pretende que el análisis no tiene fin, sino únicamente interrupciones; esta idea, que tiene la desventaja de implicar la inmortalidad del paciente, facilitó mi decisión a causa de mi mortalidad manifiesta. El lenguaje pobre y vacilante de este libro aspira a la virtud de describir, condensándolo, el proceso analítico; si la pornografía no es sino el intento —ilusorio— de decirlo todo, debo señalar que no lo he dicho todo".

Pese a lo último, hay que reconocer que muy pocos escritores de su edad se han confesado con tan terrible minucia como Hinostroza: en oleadas convulsivas que retienen el ritmo catártico de la entrevista psicoanalítica, nos hace ingresar al mundo de sus pesadillas eróticas, sus impulsos anales y coprofilicos, su relación traumática con los padres, su terror a la homosexualidad, sus instintos agresivos en pugna con sus represiones, etc. En ese continuo chorro verbal con el que el autor-paciente trata de recuperar el sentido perdido de su vida, se nos transmite nítidamente la angustia de quien intenta un gesto desesperado: el de querer salvarse lanzándose a aguas hostiles y desconocidas. La voz echa todo afuera, como un vómito negro, con la ilusión de quedar limpio y vacío.

Poco a poco va viendo que ha caído en una trampa: el método se vuelve contra él y lo aplasta, solidificando sus fantasmas y exigiéndole más confesiones, más buceos implacables en sí mismo. Este libro es una dura requisitoria contra la moderna psiquiatría, especialmente la escuela lacaniana. El sistema convierte al paciente en una víctima que declara curable sólo si se inmola en el rito de la ciencia, pues de lo que se trata es que la víctima genere su propia medicina ya que él es su propio mal. Como escribe Hinostroza: "Me siento como en un teatro el telón se levanta sólo para mí veo mis propios fantasmas soy y no soy yo". El suyo es un libro sombrío y escrito con furia, un libro monótono y reiterativo también, porque su tensión no varía sensiblemente desde la primera hasta la última página. Es tedioso leerlo porque no ofrece alivio ni respiro: testimonio enfermo y no sólo de la enfermedad, *Aprendizaje de la limpieza* tiene esa aridez pesada y ceremonial propia de la pornografía y de la locura.

